

Creo que me quedaré aquí

virginia yoldi yoldi



Capítulo 1

Iluminado del Soto y Ruiz era casi una leyenda. En Pumilla no se habló de otra cosa desde el día de su nacimiento y hasta mucho después de su extraña desaparición.

Aún hoy, en que muchas generaciones han visto pasar mil veces las estaciones, basta que alguien en la taberna destartalada o en el mercado se queje de algún mal para que se le mencione al muchacho que nació con el don de curar; con una capacidad de la que no era consciente de hacer feliz a la gente. Ese pequeño vecino de Pumilla que llenó de luz la vida de todos, ese niño inexplicable que hacía hermoso todo lo que le rodeaba, y que se regaló a quien lo pidió sin saber quizá que lo hacía.

Es de suponer que el paso del tiempo habrá modelado la historia, y, a base de añadidos, retoques e interpretaciones, cabe la posibilidad de que lo que hasta mis oídos llegó no sea ni remotamente parecido a lo que aconteció realmente. Pero también es posible que, hoy en día, la belleza de la historia sea demasiado inabarcable, y nos veamos obligados a despojarla de credibilidad para que no nos haga daño. No lo sé. Solo sé lo que me han contado, y no puedo hacer sino repetirlo.

Sea, pues.

Sonsoles, la mujer de Don Ignacio del Soto y Ruiz, insigne notario de la villa de Pumilla, se puso de parto una mañana de domingo, aunque si lo supo fue por el caliente líquido que se deslizó entre sus muslos mientras ayudaba a la cocinera a freír los buñuelos del desayuno, y no por un dolor que esperó en vano los minutos siguientes.

-¡La señora ha roto aguas! –Gritó la cocinera al ver el charco que se había formado en el suelo de la cocina.

-¡La señora ha roto aguas! ¡Avisad al señor! ¡Virgen santísima! ¡Señora del buen parto! ¡Que alguien venga a ayudar a la señora! -vociferaba subiéndose las faldas hasta las axilas para facilitar su carrera por los pasillos de la casa.

Mientras tanto, Sonsoles escuchaba el alboroto con una sonrisa en los labios. Sacó con la gran espumadera los buñuelos que flotaban ya tostados en el aceite humeante, retiró la cazuela del fuego y salió de la cocina. Subió lentamente las escaleras, y sin desprenderse de la tranquilidad de su sonrisa, entró en su dormitorio...

Allí le encontró su marido cuando subió apurado a verle. Entrecortada su respiración, solo acertó a decir: -El médico está en camino... le...he hecho avisar. Aguanta, querida. El dolor pasará. Sé valiente...El niño... ya viene

nuestro hijo. Aguanta el dolor.

-No siento dolor, Ignacio. Ningún dolor. Me siento muy bien. Nunca me había sentido así. Creo que no voy a necesitar al médico y no sé por qué. Solo tiene que pasar. Respira y espera. ¿Es que no me ves?

Desde luego, al mirarla, Don Ignacio supo que podía creer lo que oía de labios de su esposa. Sonsoles, tendida sobre la cama, parecía más una imagen de las que reparten los curas en las parroquias que una mujer a punto de parir. Su pelo enmarcaba su cara; largo sobre el embozo, se dibujaba sobre las sábanas como si mil pintores hubieran colocado cada mechón y lo hubieran coloreado inventando un rojo irreal. Ni una gota de sudor perlaba los matices rosados de sus mejillas. Impresionaba su hermosura, y eso desubicaba todavía más al notario que, como no pudo dejar de recordar, nunca había encontrado hermosa a su mujer, porque, ¡qué demonios!, nunca lo había sido. Fuerte, trabajadora, fiel y obediente, hasta decir basta; pero hermosa...

-¿Dónde está la señora? -La estridencia de su voz y el revuelo de sus faldas precedieron a la entrada de Cándida, la cocinera, que se paró en seco al entrar en la habitación.

-¡Ay, mi Virgen de la ermita! -Pensó en silencio. Y convirtiendo sus habituales alaridos en un susurro respetuoso que solo utilizaba las tardes de rosario en la parroquia, avanzó hacia la cama mirando el barroco dosel como si el mismísimo Dios fuera a surgir entre las telas y hablarle en privado. -¡Qué hermosa está!

-¡Qué hermosa está! -Se oyó decir a la doncella que entraba en la habitación con los brazos llenos de paños limpios.

-¡Qué hermosa está! -Rezó más que dijo la niña que entró a continuación con una gran palangana llena de agua humeante. -Es como si tuviera luz dentro. Como si estuviera llenita, pero llenita de luz.

-¿Dónde está la señora Sonsoles? -La voz del médico, que se acercaba desde el pasillo y la contundencia de sus pisadas sobre la antigua madera del suelo sacó a Don Ignacio de la especie de catatonia que le atenazaba, y le hizo volverse hacia la puerta. Fueron sus ojos lo primero que encontró el médico al entrar en la habitación, pero no fueron los culpables de la estupefacción del buen hombre del maletín. No. De ésta podría culparse más a la cocinera, que seguía mirando los adornos del dosel con grandes lágrimas resbalando por su cara y empapando, de tan copiosas, su delantal, su vestido y hasta sus enaguas, que no pudiendo retener tanta humedad comenzaban a rezumar a sus pies, a la doncella, que mirando sin ver, rezaba una extraña y monótona letanía, utilizando como cuentas de un rosario los hilitos en los que iba transformando, de forma implacable, los paños blancos; y a la niña, que plantada en medio de la

habitación, todavía con la palangana entre las manos, repetía una y otra vez: "La señora tiene luz dentro". "La señora tiene luz dentro".

Nadie de quienes estaban en la habitación aquel día pudo responder en los años venideros qué había pasado o cómo habían ido las cosas. Solo recordaban que, en un momento dado, la voz de la señora Sonsoles les sacó de su extraño letargo con tres palabras pronunciadas con suavidad, tranquilamente: -Bueno. Ya está,- y que cuando se volvieron, la señora sostenía con ambas manos un bebé silencioso que había extraído de su cuerpo en un simple deslizar. No había sangre. No había sudor. No había más lágrimas que las de la cocinera, que había dejado de mirar el dosel, pero que, obviamente, no había dejado de llorar.

De hecho, Cándida no dejó de llorar hasta mucho después. Todos los que vivían en la casa se acostumbraron a su constante lagrimeo. Sorber y sonar. Sorber y sonar. Toda la variedad de sonidos guturonasales de Cándida entró a formar parte de ña cotidianeidad de la casa y tornóse tan familiar como el sonido del agua cayendo sobre la fuente de piedra en el patio, o los cacharros chocando en la cocina a la hora del almuerzo. Solo rompían su monotonía cuando Cándida se cruzaba con el pequeño Iluminado. Ya se encontraran en el pasillo, ya entrara el niño en la cocina en busca de alguna golosina, la cocinera rompía en un llanto sonoro y convulsivo, acompañado la mayor parte de las veces de mantras incomprensibles tanto por lo extraño de las palabras como por los hipos y los suspiros que los acompañaban. Pero contra lo que pudiera parecer, era precisamente en esos momentos cuando la mujer parecía más feliz. Su llanto expresaba tanta dicha que solía verse acompañado de las carcajadas de quienes estuvieran con ella, observando el modo en que se abrazaba al niño, pasaba nerviosamente sus manos por la rosada carita y enredaba con los dedos los rizos del pequeño, que emitía gozosos grititos y balbuceaba tanto más feliz cuanto más profusas eran las lágrimas de la cocinera.

Pero volvamos a la habitación de Sonsoles, a la que habíamos dejado anunciando con tranquilidad el nacimiento de su hijo. -Bueno. Ya está

Nada más pronunciar estas palabras y recuperar con ellas la atención de los presentes, Sonsoles se descubrió, buscando en especial la atención del médico hacia el cordón umbilical que le unía al inerte bebé. -¿Puede ayudarme, Doctor?

No hay que explicar que el médico nunca se había visto en una situación similar y hay que decir en su favor que no pretendió en ningún momento hacer ver lo contrario. Se limitó a abrir su maletín esbozando entrecortadas disculpas que nadie parecía esperar y sacar las tijeras quirúrgicas.

Si alguna vez en su corazón albergó la esperanza de que el presumible llanto del bebé al cortar el cordón rompiera la densa magia del ambiente, ésta se disipó cuando procedió a la sección, porque el pequeño permaneció en absoluto silencio haciendo que una pregunta volase por la habitación, se mojase en las lágrimas de Cándida, se enredase en los hilitos que decoraban las zapatillas de la doncella y se posase finalmente sobre el dosel.

“¿El niño está muerto?”

La pregunta abandonó el dosel y se posó sobre el hombro de Don Ignacio, que había sido finalmente quién osó verbalizarla, y le dirigió la mirada hacia su esposa, que extrajo un seno de la seda del camisón. Y vio a aquel pedacito de carne sonrosada y aparentemente inerte buscar el pezón tanteando con los labios el cuerpo de su madre, y y le escuchó mamar exhalandos por la naricita rotundos suspiros de satisfacción.

Sonrió Don Ignacio aliviado. Sonrieron el doctor y la doncella. Sonrió Cándida (sin dejar de llorar, eso sí), y sonrió la niña de la palangana mientras aseveraba que el niño debería llamarse Iluminado; que ella había visto luz dentro de la señora y que no se podía dar la espalda a tan clara muestra de la voluntad divina. –Ese será su nombre- dijo Sonsoles, la portadora de esa luz supuestamente divina, la mujer que había traído un niño al mundo sin la menor estridencia, que no había ni molestado con humores a quienes le acompañaban, y que era la única que permanecía seria. Acariciaba delicadamente la cabecita de su hijo con una expresión de desgarradora tristeza, aunque nadie percibió esta manifiesta contradicción, ocupados como estaban en la casi igualmente desgarradora belleza que adornaba su semblante. Su rostro, poco agraciado y básicamente insulso hasta entonces, se vistió de dolor y de belleza, y ambas cosas le acompañarían hasta el fin de sus días.

Capítulo 2

Así pues llegó a la vida de todos, Iluminado del Soto y Ruiz, y poco a poco el pasar de los días en la casa se llenó de todo lo que fué tornándose cotidiano, casi sin que nadie se diera cuenta.

Todos se acostumbraron con rapidez a lo hermoso que les inundó; a la felicidad que llegó a cada rincón de la casa y a cada corazón de quienes allí habitaban, excepción hecha de Doña Sonsoles. El amor por el chiquitín impregnó las paredes, las actitudes y las rutinas de todos los que parecían encontrar sentido a cada acto. La casa estaba más limpia que nunca. El enlosado del suelo relucía como si fuese de mármol; la ropa blanca, bailando en el viento, expandía un fresco aroma a lavanda, pese a que solo se lavaba con jabón de aceite; la fuente del patio parecía cantar acompañando a las voces de las muchachas -y a los sollozos de Cándida- mientras se llevaban a cabo las tareas. La comida era más deliciosa que nunca, lo que hizo que el ilustre notario engordara unos buenos veinte kilos. La casa misma parecía feliz. El jardín florecía compulsivamente, ajeno a las estaciones, estallando en verdes y decenas de colores que las flores parecían inventar para ofrecer una y otra vez, sin importar las veces que se cortaran para adornar los dormitorios y las balconadas.

No es de extrañar, por tanto, que Iluminado viviera sus primeros años sin la menor preocupación. Rodeado como estaba de cosas hermosas y rostros felices, aprendió a dar por hecho que el mundo era un lugar increíble que albergaba personas maravillosas que le amaban. Nunca tuvo con qué comparar, de modo que asumió con naturalidad lo que en el pueblo pronto se convirtió en la historia más comentada. Lo contaban en el mercado, se agrandaba en la taberna al mismo tiempo que iban vaciándose los vasos de vino, pasaba de boca en boca sin escatimar detalles (reales o no), se convirtió en el cuento que las madres contaban a los niños antes de dormir, y en lo que se exportaban los comerciantes y buhoneros en sus carretas a los pueblos vecinos.

Allí, en Pumilla, y en toda la comarca, los extraños acontecimientos que sucedieron al nacimiento de Iluminado pronto adquirieron tintes de leyenda, pero el chico jamás había salido de la casa del padre. Por más que Sonsoles suplicaba que le dejaran ir al colegio, o a jugar a la plaza, todos los habitantes de la casa, incluido Don Ignacio, parecían entrar en un ahogo angustioso si el chico se alejaba, así que se decidió que el muchacho permaneciera siempre dentro de los muros que rodeaban el jardín, y creció pensando que las cocineras eran personas amorosas y lloronas, que el trabajo de las doncellas era estupendo porque siempre cantaban y estaban contentas, que los jardines siempre estaban en flor y que si había algo diferente, no podía ser mejor, y era además el lugar del

que venían "ellos"

Algo, sin embargo, era bien diferente dentro de la casa, aunque quienes lo vieron decidieron unánimemente no darle la menor importancia, e incluirlo en la rutina como aquello que desde la diferencia no es capaz de romper la armonía. Y ese algo, no era otra que Sonsoles. El estado en que se sumió desde que proporcionó aquellas primeras caricias a su bebé representaba todo aquello que parecía negarse a vivir en la casa. Es cierto que, del mismo modo que el jardín, la mujer parecía florecer cada día con más brillo. Los que asistieron al nacimiento no habían sido víctimas de ninguna alucinación. Sus ojos, un poco estrábicos hasta entonces, se enderezaron y adquirieron el color de la miel destilada, su rostro transmitía una belleza serena y triste; su cabello jamás se desprendió del color rojo, y crecía a tal velocidad que si bien al principio pedía a la doncella que se lo cortara cada mañana, pronto desistió, y dejó que creciera en libertad. Así, invadió primero la cama, de la que no se había vuelto a levantar, trepando por el dosel como una roja enredadera que dibujaba filigranas por las que la luz y los sonidos de la casa se filtraban con sigilo. Alcanzó después el resto de los muebles de la habitación, cubrió el suelo y las paredes. Pasado el tiempo, hubo que trasladar su aposento a la planta baja para que varias muchachas pudieran dedicarse a dividir poco a poco los mechones y ordenarlos por la habitación, y por el pasillo, y por la galería exterior, hasta llegar al patio, poco a poco, cepillando con esmero hasta conseguir dividirlo en gruesos mechones con los que consiguieron elaborar una veintena de trenzas que ataron con cintas de colores; y cada día, esas veinte muchachas cogían su trenza y le añadían un trozo con lo que el pelo había crecido durante la noche, y otra cinta, y así, sus manos tejían con primor un cabello que dejó al menos de amontonarse.

Eran aquellos los únicos momentos en los que Sonsoles tenía alguna relación con los habitantes de la casa. Las veinte muchachas iban a saludarle y a recoger las veinte cintas de colores que la mujer les repartía sonriendo con agradecimiento. Por lo demás, casi siempre estaba sola y en silencio, aprovechando la reverencial admiración que no hacía de ella sino un ser lejano e inasequible, casi mítico. Su marido se unió a esta lejana miración, pero se dedicó a escribirle una carta cada día. Cartas que hablaban del amor más intenso e incondicional que haya podido despertar mujer alguna; de la adoración que había sublimado su pasión hasta hacer que Don Ignacio se considerase indigno poseedor de una belleza que jamás volvió a reclamar. Cada noche, Sonsoles leía la carta que su marido le había llevado con su frugal cena, y se sentía mucho más cerca de él que cuando lo tenía encima, destilando su virilidad con el olor de su ansiedad por concebir un hijo en sus entrañas.

Iluminado tampoco visitaba demasiado a su madre. No podía recordar los primeros tiempos, cuando ella le alimentaba con sus pechos, y, ahora, conforme iba creciendo, siempre parecía que algo se interponía en su camino cuando quería acercarse a la habitación. Si no era su padre quien

se interponía en su camino, era una muchacha luchando con una gruesa trenza, o una doncella que necesitaba su voz para la nueva canción que habían inventado, o, como sucedió con creciente frecuencia, la fila que "los otros" formaban en la puerta de la casa era demasiado larga y necesitaba de la presencia del niño, aunque fuera desde la ventana, para no llegar a formar una interminable espiral que giraba alrededor de los muros. Al niño le divertía este quehacer, y no le ocupaba demasiado tiempo. En el mismo instante en que asomaba su carita y cruzaba su mirada con quienes allí esperaban, desaparecían los dolores de muelas, los sabañones y los males de amores, y la espiral quejumbrosa se iba deshaciendo entre expresiones de agradecimiento, felicidad y alivio. Entonces, el murmullo ansioso desaparecía, alguien entonaba una canción, los demás la coreaban con ímpetu e Iluminado, simplemente, se sentía un poco más feliz.

Capítulo 3

Una mañana, Iluminado sintió algo que le paralizó en el momento. Una especie de quemazón subía por su garganta, algo le presionaba el pecho y sus ojos se humedecían como los de Cándida, pero no tenía ganas de reír. Se miró en el espejo de su habitación para ver si encontraba algo distinto que diera explicación a lo que ocurría, pero la imagen que se le devolvía era la de siempre. Era su rostro y su pelo; su piel y sus ojos, eran sus manos y sus orejas. Sin embargo...algo iba mal

Salió al pasillo desorientado pero sus pies parecían tener iniciativa propia, y, bajando las escaleras, se encaminaron hacia la habitación de su madre. Tocó levemente con los nudillos y entró sin esperar respuesta. La luz matizaba los colores de la habitación y lo envolvía todo en un halo dorado, menos las rojas trenzas que lo llenaban todo en un orden meticuloso gracias al trabajo de las muchachas, que siempre se molestaban en dejar un camino libre entre la puerta y la cama.

Cariño- dijo Sonsoles con dulzura girando la cara hacia su pequeño que al cruzar su mirada con la miel que ondeaba en los ojos de su madre, reconoció lo que no había sabido interpretar ante el espejo. Aquello que encontraba fuergar en su imagen estaba allí mismo, en el rostro que le miraba amorosamente

-¿Qué te ocurre?

-¡Ay, mamá. No lo sé! Siento ganas de llorar pero no me divierto. -Se sentó sobre la cama y empezó a jugar inquieto con una trenza- Además, el pecho me oprime y parece que la garganta quisiera salir por mi boca.

Sonsoles fue recogiendo poco a poco la trenza acercando así al que reflejaba en su mirada lo que solo ella conocía, y habló con la suavidad de siempre, pero había en su voz algo que hubiera podido interpretarse como alivio.

-Iluminado. Mi pequeño que lleva la luz en el nombre, el amor de mi vida. No te asustes. No te ronda ningún espanto ni debes temer nada. Sólomente estás triste, y eso no es malo

-¿Triste? ¿Qué es triste?

- "Triste es como se siente uno cuando las cosas no salen bien, o cuando alguien a quien amas sufre. O cuando las cosas que te rodean no te parecen bellas, o cuando no sucede algo que deseas mucho... Mira. Antes

de que tu nacieras, Cándida se ponía triste cuando se le quemaba el estofado, las muchachas se entristecían cuando se terminaba la primavera, y el jardín se quedaba sin flores...

- "¿La primavera se terminaba? ¿Qué es la no primavera? y ¿Cómo es el jardín sin flores?"

- "Sí. La primavera terminaba y llegaba el verano, que eran días en los que hacía mucho calor, y luego el otoño, que llenaba todo de colores ocres, y las hojas se caían de los árboles y crujían muy bonito cuando alguien las pisaba; luego el invierno frío y oscuro y entonces...volvía la primavera, cada año, y volvían las flores, aunque no tenían tantos colores como ahora. Eso sí: Cándida se entristecía cuando se le quemaba el estofado ya fuera primavera, verano, otoño o invierno.

- "Tú eres triste? Cuando me he mirado en el espejo he visto algo que creo que eras tú"

-No, Iluminado. Yo no soy triste. Yo estoy triste, pero no es algo que pueda explicarte ahora. Es importante que no le digas a nadie lo que sientes. Prométemelo

-¿Por qué?

-Cariño. Eres todavía muy pequeño. Yo no esperaba que ocurriera tan pronto. ¿Sabes? Cuando alguien es muy muy feliz es como si no pudiera ver lo que ocurre a su alrededor, y si sigue siendo tan feliz, termina por no importarle.

-No te entiendo, mamá

-Lo sé, pero confía en mí. Todavía no quieres que Cándida deje de lloriquear de contento o que las muchachas dejen de cantar.

-No, pero escuchar cómo crujen las hojas...

-Olvídalo de momento. Espera un poco a que pase ese poquito de tristeza que tienes. Se irá, te lo aseguro, como lo hacía la primavera antes de que nacieras. No te desesperes intentando comprender. Las cosas son. Y no hay más. Eres tan pequeño...

Esa frase, sencilla y lapidaria no sacó a Iluminado de la confusión en que se encontraba inmerso, pero probablemente sean las únicas palabras a las que se puede recurrir para explicar lo que se fue precipitando sobre la casa de los Del Soto y Ruiz desde ese momento, lenta, inexorablemente.

Capítulo 4

El chiquillo intentó hacer caso de las palabras de su madre y no le resultó difícil al principio, porque eso que ya sabía que se llamaba tristeza se marchó del mismo modo callado en que había venido, y quizá el ser capaz de reconocerla le ayudó a no recibirla con el pánico inicial la siguiente vez que le acompañó en su reflejo al mirarse al espejo. Aprendió que, de vez en cuando... simplemente venía. Solía entonces bajar al jardín y entretenerse en cosas que le divertían, como jugar a ver si era capaz de cortar rosas más rápido de lo que volvían a salir, o hablar con el médico, a quien nadie preguntó jamás por qué no se había marchado tras el parto, o apostar con las muchachas por la magnitud de los gritos de júbilo que iba a emitir Cándida cuando fuera a verle a la cocina, o chapotear con fuerza en el charco de lágrimas que la cocinera provocaba.

Estos primeros coqueteos de Iluminado con la tristeza pasaron del todo inadvertidos entre los muros de la casa y quienes en ella habitaban. La felicidad adormecía la atención, y al no tratarse de nada súbito y rompedor, siempre podían mirar a través del niño que quería ser visto, y que terminó por no esperar respuesta a sus miradas oscurecidas, y se limitó a acostumbrarse a la tristeza con la misma naturalidad con la que había vivido en la dicha.

Eso sí, algo cambió en su rutina. Comenzó a buscar la compañía de su madre cada vez con mayor frecuencia, ante lo más parecido al disgusto que cabía encontrar en el resto y que, por otra parte, Iluminado, con creciente consciencia, sabía transformar a su antojo en hilarantes momentos de "complicidad"

Como si nada hubiera cambiado, la fuente seguía cantando con las lavanderas; Don Ignacio terminaba pronto su trabajo para poder encerrarse en su habitación a escribir encendidas cartas de amor a su esposa; Cándida lloraba; las filas fuera de la casa esperando su porción de felicidad volvían puntuales, y el pelo de Sonsoles crecía y crecía, y se abrazaba en trenzas con las rosas.